

NEORETÓRICA Y HERMENÉUTICA FILOSÓFICA: HACIA UNA COMPLEMENTARIEDAD ANALÓGICA

NEO-RHETORIC AND PHILOSOPHICAL HERMENEUTICS: TOWARDS AN ANALOGIC COMPLEMENTARITY

Pablo Andrés Cardona Colorado, Licenciado en Español y Literatura. Universidad Tecnológica de Pereira.

Recibido el 15 de Agosto de 2012
Aceptado el 20 de Septiembre de 2012

RESUMEN

En el siguiente documento se presenta, en líneas generales, el proyecto de investigación *Complementariedad neoretórica-hermenéutica filosófica en la obra de Perelman, Gadamer, Ricoeur y Beuchot*¹. Se define como *neoretórica* la disciplina integral, reevaluada durante la primera mitad del siglo XX, encargada de estudiar y formular las diversas maneras de hacer efectiva la *argumentación*, en miras de conseguir la persuasión y la convicción, haciendo uso de todos los recursos del lenguaje. Así mismo, se define como *hermeneútica filosófica* a la disciplina que, tal como se ha venido estructurando después de la Segunda Guerra Mundial, se ocupa de estudiar los fenómenos de la *interpretación* y la *comprensión* no solo en textos hiperfrásicos y polisémicos, sino en toda la complejidad de la realidad humana, lo que implica reflexionar sobre posibilidad del conocimiento, métodos, etc. Se parte de la idea de que retórica y hermenéutica son disciplinas eminentemente complementarias, se hace evidente su *dialogicidad*, se llega a proponer un tema de estudio mucho más complejo, relacionado con el problema de la *semejanza* y se exponen, finalmente, unas consideraciones pedagógicas desde una perspectiva retórico-hermenéutica.

Palabras Clave

Neo-retórica, hermenéutica filosófica, complementariedad, modelo retorico-hermenéutico, argumentación, interpretación, semejanza, analogía.

ABSTRACT

The following document presents, in general lines, the research project *Complementarity neo-retoric-philosophical hermeneutics in the work of Perelman, Gadamer, Ricoeur and Beuchot*. *Neo-retoric* is defined as a comprehensive discipline, reassessed during the first half of the twentieth century, that studies and formulates various effective ways to make effective the *argumentation*, in order to achieve persuasion and conviction, making use of all the resources of language. Likewise, *philosophical hermeneutics* is defined as the discipline that, as has been constructed after World War II, studies the phenomena of *interpretation* and *comprehension*, not only in hyperphrasic and polysemic texts, but throughout the complexity of human reality, which involves thinking about the possibility of knowledge, methods, etc. The document starts from the idea that rhetoric and hermeneutics are eminently complementary disciplines, it becomes clear their *dialogicity*, proposes a topic of study much more complex, related to the problem of similarity and exposes, finally, some pedagogical considerations from a rhetorical-hermeneutic perspective.

Key Words

Neo-rhetoric, philosophical hermeneutics, complementarity, rhetorical-hermeneutic model, argumentation, interpretation, similarity, analogy.

¹ La investigación completa puede recuperarse desde: <http://repositorio.utp.edu.co/dspace/bitstream/11059/2355/1/12168C268.pdf>

INTRODUCCIÓN

La aparición de la Filosofía Analítica, con Russell como figura representativa, y el tránsito, encabezado por Wittgenstein, hacia la Filosofía del Lenguaje, fueron algunas de las respuestas dadas frente a la crisis en la que se encontraba la forma de entender el fenómeno del conocimiento en occidente a finales del siglo XIX y principios del XX. Tal crisis fue, a su vez, el resultado de un proceso inaugurado por los modelos galileano y cartesiano, que proponían, respectivamente, la geometrización y fisicalización de la realidad, alejándose del humanismo, reduciendo cada vez más los horizontes de sentido en el lenguaje y llegando a la máxima expresión del cientificismo con los diferentes tipos de positivismo. (Ballesteros, 1990).

En el contexto de aquella problemática, cuando apareció tal visión de la filosofía preocupada por superar al positivismo, también jugaron un papel fundamental los aportes de pensadores anteriores al siglo XX, como Schleiermacher, padre de la hermenéutica moderna, quien ya empezaba a hacer evidente que todo conocimiento relacionado con el ámbito de las Ciencias Humanas debía asumir como una de sus partes fundamentales el estudio del lenguaje; Dilthey, su seguidor y fundador de una nueva hermenéutica histórica; y Heidegger, con su desarrollo de una fenomenología existencial basada en una visión hermenéutica de tipo ontológico a partir del lenguaje. Desde aquella época, el llamado giro lingüístico se ha operado en diversas perspectivas teóricas, lo cual abre un panorama ancho y profundo en materia investigativa. En medio de todo este panorama resaltan como temas apasionantes los problemas fundamentales del conocimiento y su relación con el lenguaje, mediados por el estudio de la interpretación y la argumentación. La perspectiva que ocupa al presente trabajo se centra en la revisión de dos disciplinas fundamentales fuertemente ligadas: la retórica y la hermenéutica.

Para la tradición filosófica de occidente no resulta nada nuevo hablar de aquellas dos disciplinas, la primera existente desde la Grecia presocrática, la segunda desde la Edad Media, si bien hunde sus raíces en la hermeneia aristotélica. Sin embargo, a lo largo de todo el siglo XX y a raíz del renacer de la reflexión filosófica sobre el lenguaje, estas antiguas disciplinas son desempolvadas y nutridas con elementos novedosos. En el caso de la retórica, es el autor belga de origen polaco Chaïm Perelman quien intenta, tras estudiar a profundidad el Derecho y su fundamentación filosófica, reflexionar sobre el problema de la verdad y la justicia, centrando su interés ya no en el terreno de la lógica formal como lo hiciera primeramente, según la usanza del positivismo jurídico, tan en boga en ese momento, sino en la facultad del ser razonable de deliberar y argumentar con razones plausibles, que no buscan demostrar una verdad basada en la evidencia, sino la adhesión del oyente. Perelman rescata la retórica de su reducción ornamental para otorgarle de nuevo el status del que gozó durante las edades Antigua y Media. Su Nueva Retórica va más allá de la mera elocuencia, al estudiar también las estructuras argumentativas, los mecanismos del pensamiento persuasivo, incluyendo al texto escrito y la deliberación con uno mismo. Por todo esto, la retórica perelmaniana da un paso más allá de la antigua retórica sin deslegitimarla, recogiendo su importante legado para mostrar que la razón no está separada de las otras facultades humanas, y que, más bien, al estar enlazada con el lenguaje, toca al ser humano en toda su integralidad.

Por el lado de la hermeneutica, los trabajos del alemán Hans-Georg Gadamer sintetizan, de una forma fascinante, una técnica para el abordaje e interpretación del lenguaje escrito y una visión del ser humano como totalidad, por medio de esa misma experiencia ontológica, íntima y social, del lenguaje y la interpretación. Su trabajo es el punto de partida para otros, como el Francés Paul Ricoeur quien, en palabras de Villaroel, estructura.

una particular manera de comprender la hermenéutica como complementariedad entre una disposición interpretativa arqueológica o desmitificadora (reductora) y otra escatológica o remitificadora (amplificadora), integración en la que la potencia significativa de la metáfora juega un rol preponderante y mediante la cual se establece una permanente búsqueda del sentido y a través de ello una aproximación no sustancialista al ser. (Villaroel et al, 2005, p. 1).

Finalmente, el mexicano Mauricio Beuchot, fuertemente marcado por el tomismo aristotélico, se vale de los trabajos de los dos hermeneutas ya citados para fundamentar su Hermenéutica Analógica, que, como el nombre lo indica, hace de la analogía (uno de los tradicionalmente llamados tropos) el elemento primordial de su modelo de interpretación, dando un paso más en el camino de la reflexión filosófica que privilegia el lenguaje más allá de lo apodíctico como parte insoslayable de la realidad humana.

Cuatro autores y dos disciplinas que se encuentran en la tradición humanista fueron el punto de partida para la elaboración del presente trabajo, que se centró, precisamente, en hacer evidente en qué partes y de qué modo ocurren esos contactos entre retórica y hermenéutica desde la obra de representantes de las tradiciones académicas alemana, francesa e hispánica, procurando así, en consonancia con las exigencias contemporáneas, dar un paso más hacia la integración de los saberes, tan necesaria para evitar la deshumanización que a diario acecha.

Justificación

Una de las mayores preocupaciones en la experiencia docente actual está en la relación de los jóvenes con su historia: sus nociones son alarmantemente pobres. Ello obedece a diferentes causas y no viene al caso extenderse en una disertación que pretenda incluirlas a todas. No obstante, quizá una de las más importantes se relaciona con el hecho de que el diálogo con la tradición, con el pasado, y aún, el diálogo como tal, como experiencia interindividual mediada por el lenguaje, está en crisis. Esto guarda relación con la teoría de que occidente ha venido construyendo una realidad que sistemáticamente deslegitima el pasado debido a un concepto de progreso como futuro perfectible, como desarrollo geométrico basado en la producción, que desprecia la supuesta precariedad del nivel de vida pretérito debido a su aparente atraso (Serna Arango, 1994). Cuando todo tiempo pasado fue peor, en consonancia con el positivismo comteano, y con la visión de las ciencias del ámbito físico-biótico como establecimiento todopoderoso del devenir instrumentalizable, la historia no puede representar más que una fábula accesoria frente a la que sólo cabe el olvido. La revolución mediática no es ajena a este proceso de ahistoricidad; todo lo contrario, el bombardeo de información puesto en marcha permanentemente por los mass media, si bien tiene ventajas innegables, en ocasiones impide la reflexión frente al evento, la toma de postura, la crítica. Y si eso les sucede a los últimos sobrevivientes del siglo XX, poseedores aún de la visión escritural del mundo, generación de transición entre lo sincrónico y lo diacrónico ¿qué puede esperarse de las nuevas generaciones que deben enfrentarse a un mundo donde lo novedoso es familiar y al mismo tiempo efímero?

Precisamente de la noción de historia y de su relación directa con el lenguaje y la filosofía depende, en parte, la propuesta que a continuación se desarrolla. Así mismo, tiene como fundamento el hecho de que, después del tiempo invertido en una licenciatura sobre lengua y literatura, la percepción del fenómeno del lenguaje permite ser un poco más consciente sobre sus alcances, y exige proponer una visión en la que intervengan la filosofía y la historia como ejes transversales. Por ello, este trabajo se ubica en el reconocimiento de una serie de elementos específicos de gran importancia al interior de esa relación vital entre disciplinas.

En cuanto al contexto pedagógico, resulta necesario revisar algunos elementos pertinentes. Todo licenciado que ejerce su profesión de docente tiene un referente obligado, un documento elaborado por el Ministerio de Educación Nacional (MEN): los Estándares Básicos de Competencias del Lenguaje. Su lema Formar en lenguaje: apertura de caminos para la interlocución, constituye un verdadero reto en el contexto, ya descrito, del problema dialógico contemporáneo. No obstante, los apartados del documento sobre los Estándares mantienen como característica significativa el ser bastante sugerentes: El por qué de la formación en lenguaje (que concretamente habla de la importancia del lenguaje en la historia humana), El

doble valor del lenguaje (cifrado en la subjetividad o individualidad y en la socialización), La actividad lingüística: comprensión y producción (búsqueda y reconstrucción del significado y sentido; generación de significado como expresión del mundo interior y como interacción con los otros), La representación de la realidad; El ejercicio de una ciudadanía responsable; El sentido de la propia existencia; Tres campos fundamentales en la formación en lenguaje (lengua castellana, literatura y otros sistemas simbólicos). Seguidamente, se estructuran en dicho documento los Estándares Básicos de Competencias del lenguaje, de acuerdo con los referentes expuestos, a partir de cinco factores de organización que son: producción textual, comprensión e interpretación textual, literatura, medios de comunicación y otros sistemas simbólicos, ética de la comunicación.

Esta extensa enumeración de contenidos no es gratuita. Si se mira bien, existe implícita en ellos una reflexión muy seria en torno al lenguaje como condición de posibilidad para la existencia del ser humano, tal y como lo sugiere Heidegger, quien en su obra *Ser y tiempo*.

(...) coloca como una de las propiedades principales del hombre, un existenciarío, la comprensión, la cual se vale de la interpretación y, por lo mismo, de la hermenéutica. El ser humano es comprensor y hermeneuta de suyo, como una cualidad ontológica. (Beuchot, 2003, p. 30).

La filosofía heideggeriana reconoce la existencia humana como un *Dasein*, un estar-ahí, en un mundo en permanente cambio, en permanente devenir. Ese estar-ahí es compartido con los semejantes, quienes se hacen imprescindibles en la existencia (ex-sistencia como capacidad de reconocerse en el otro y por el otro, siendo simultáneamente el mismo que se es); se necesita de un *Mitsein*, un estar con, y esa estructura ontológica sociológico-existencial no es posible sino gracias al lenguaje. Desde sus inicios en Heráclito, la *philosophia* reconocía ya la importancia de muchos de estos elementos dentro de la realidad humana, pero es efectivamente en la disputa sostenida por Sócrates, Platón y Aristóteles contra los sofistas donde la tradición evidencia más el sentido de la convivencia humana, de la comunidad mediada por el lenguaje, de la polis como eje de la convivencia.

Es indudable entonces que lo que proponen los Estándares Básicos de Competencias está conectado en todos y cada uno de sus apartados con una visión filosófica del fenómeno del lenguaje, incluyendo la visión política a la que se refiere con "El ejercicio de una ciudadanía responsable"; ello se entiende mejor si se mira al pasado. Aristóteles, por ejemplo, si bien está de acuerdo con Platón en que el Derecho y las leyes (*nomos* y *nomoi*) son esenciales para la estructura de la polis, en contra de la interpretación sofista de la ley natural como ley del más fuerte, no se sintió satisfecho con la respuesta sobre qué es la naturaleza de la ley basada en una Idea absoluta, sino que cuestionó las tareas que debe cumplir la ley. De esta forma reconoció en ella, además de la función educativa, la función de mantener la paz y arbitrar las controversias, proponiendo mirar el todo en disposición a apelar al juicio de la razón. El ser humano es, para el Estagirita, un *zoon politicon*, un animal político, que debe vivir en la polis, en comunidad organizada; de allí que sea *zoon logon*, animal con logos, con capacidad de mediar entre el mundo, la colectividad y su individualidad gracias al lenguaje. En consonancia con lo anterior, será el reconocimiento de la controversia, de la discusión como necesidad en el proceso de la construcción social una de las causas de que Aristóteles se interese en la definición de los diferentes usos que el ser humano hace del lenguaje. Es así como distingue entre lógicas analítica, dialéctica y retórica. En el primer uso de la lógica lo que importa es la referencia a estados de cosas verificables y necesarios, es decir, reductibles a una situación de verdad o falsedad comprobable, como en el caso de ciertos fenómenos físicos. En el segundo y tercer usos, la referencia tiene que ver con los lugares (*topos*, *topoi*, de allí el título de su obra *Tópicos*) de lo verosímil, lo preferible, lo razonable pero no necesario o reductible a términos de verdad o falsedad, en últimas, lo que es susceptible de opinión y no puede ser comprobado sino argumentado, como la naturaleza de las leyes que rigen a la polis.

De manera que es desde allí que empieza a entenderse la importancia de un uso del lenguaje que trascienda la univocidad de lo demostrativo (*logos apophantikos*) para trasladarse a un

uso del lenguaje persuasivo, que mueva a la convicción y que permita dar cuenta de otras facetas del ser humano a través de lo plurisignificativo (logos semantikos). Al respecto, anota Beuchot:

Hay que notar que la hermenéutica nace –también por obra del Estagirita- en el seno de la lógica, como una parte suya, la hermeneia, que tiene por cometido dar la comprensión de lo que se está tratando en el proceso de la argumentación. De manera que, en alguna medida, la hermenéutica se ha desgajado de la lógica. Un escolástico la colocaría en la lógica magna o lógica material, no en la sólo formal. En efecto, para algunos escolásticos la lógica abarcaba la retórica y la poética. Era una teoría de la argumentación viva y usaba todas esas disciplinas y herramientas para interpretar bien, con el fin de poder argumentar bien. La hermenéutica participa, pues, del carácter de ciencia y arte que al mismo tiempo tiene la lógica. No se queda en dar recetas interpretativas sino que va moldeando en sistema el propio corpus de sus conocimientos sobre la interpretación. (Beuchot, 2003, p. 20).

Una vez más, la reflexión sobre el fenómeno del lenguaje y sus implicaciones conecta directamente con la tradición, para llamar la atención sobre saberes que han tenido su origen en un pasado remoto y que se han reactualizado por su innegable importancia. En el caso presente la reactualización viene ligada a la retórica como disciplina encargada de estudiar y formular las diversas maneras de hacer efectiva la argumentación, en miras de conseguir la persuasión y la convicción, haciendo uso de todos los recursos del lenguaje. También está ligada a la hermenéutica como arte y ciencia de la interpretación de textos hiperfrásicos y polisémicos. Las Competencias básicas definidas por el MEN para ser desarrolladas a partir de la enseñanza de cualquier saber son la interpretativa, la argumentativa y la propositiva. La conexión no puede ser más evidente: en el contexto de la enseñanza de cualquier saber y aun más en el área de Lenguaje, la reflexión acerca de la relación entre la retórica y la hermenéutica como interpretación, argumentación y proposición, no sólo desde el legado de la tradición, sino desde las últimas corrientes de pensamiento, es un ejercicio imprescindible. De allí que sea impostergable intentar un acercamiento a los elementos que posibilitan esa conexión, lo que precisamente constituyó el fundamento del presente trabajo.

Área problemática: descripción y formulación

En el campo de las denominadas ciencias sociales, ciencias del espíritu o ciencias humanas, según la tradición a la que pertenezca quien sobre ellas reflexione, ha venido operándose un cambio de paradigma, si ya no epistemológico, por lo menos sí metodológico; un tránsito hacia lo argumentativo e interpretativo como superación de lo demostrativo propio del positivismo científico, en crisis desde la primera mitad del siglo XX. Frente a este giro metodológico hacia la argumentación e interpretación, dos disciplinas fundantes, la retórica y la hermenéutica, se vinculan como complementarias. Es un vasto panorama el que se abre desde el punto de vista teórico, puesto que muchos pensadores reflexionan sobre el tema. Sin embargo, parece haber una gran afinidad, en cuanto a sus postulados, en cuatro autores específicos: Chaïm Perelman, dedicado a la reactualización y fundamentación de la retórica filosófica; Hans-Georg Gadamer, Paul Ricoeur y Mauricio Beuchot, herederos de una tradición común que los ha llevado a la reactualización y fundamentación de la hermenéutica filosófica. En este campo de estudio, una de las labores apremiantes es, precisamente, encontrar la forma en que retórica y hermenéutica se tocan y se complementan desde la perspectiva de los autores mencionados, lo cual permitirá el desarrollo de futuros trabajos en ésta misma línea.

Por lo anterior, es necesario llevar a cabo una investigación que permita responder a la siguiente pregunta: ¿a partir de qué elementos teóricos es posible reconocer una relación de complementariedad entre la Nueva Retórica de tipo filosófico en Chaïm Perelman y la hermenéutica filosófica desarrollada sucesivamente por Hans-Georg Gadamer, Paul Ricoeur y Mauricio Beuchot?

Metodología

Uno de los elementos peculiares de la obra de Perelman radica en su preocupación inicial por el desacuerdo entre filósofos, juristas, políticos y personas comprometidas con las ciencias humanas y dominios afines. Esto, unido a la complejidad alcanzada por la lógica formal, que pese a ello se mostró insuficiente para salvar el impasse, llevaron a Perelman a fijar su atención en el razonamiento no formalizado, y dentro de éste, en una metodología diferente a la matemática y mucho más acorde con las exigencias de la vida humana: la metodología jurídica. Esto debido a que, en opinión de Perelman, la situación del filósofo se parece más a la del juez que a la del matemático, ya que su responsabilidad está en tomar posición, decidir entre diversos puntos de vista. (Gómez et al, 1998, p. 25). De manera que se utilizó un método similar de Perelman, basado en la argumentación como posibilidad de la razón práctica, y ésta fundamentada por la regla de justicia: Seres considerados como esencialmente semejantes deben ser tratados de la misma manera, regla por demás bastante emparentada con lo analógico.

De otro lado y de acuerdo con el teórico del Derecho Gregorio Robles:

La discusión metódica en la actualidad presenta un panorama sumamente complejo y pluralista, que es sin duda, el reflejo de la sociedad pluralista contemporánea. Se habla incluso de «coexistencia de paradigmas» para indicar que, a diferencia de la historia pasada, caracterizada sobre todo por el predominio de un paradigma o modelo científico, lo que domina la actitud metódica en nuestros días es precisamente la ausencia de un modelo epistemológico dominante y, en su lugar, la presencia de un amplio y variado pluralismo metódico. Este pluralismo metódico no sólo se caracteriza por existir como tal, sino también por acuñar nuevas perspectivas metodológicas «integradoras», siendo estas las que, en opinión de Wuchterl, dominan en el actual panorama filosófico, de tal modo que los «paradigmas» filosóficos actuales serían los llamados «métodos integradores». (Robles, 2003, p. 184).

Robles, en esa misma obra, recuerda más adelante (p. 232) la clasificación que hace Wuchterl sobre las diferentes variantes metodológicas en la actualidad. En este sentido, el presente trabajo se ubicaría en la línea definida por él como de los métodos hermenéuticos en sentido amplio, que dan pie a la complementariedad, y que en este caso vienen de la mano del método de Perelman. Así, siendo consecuente con esa misma hermenéutica sobre la que se quiere indagar, es posible aplicar a ella el concepto de círculo hermenéutico, convirtiéndola en un saber auto-reflexivo en permanente dinamismo.

En la justificación del presente trabajo se llamó la atención sobre la historia como noción fundamental para la estructuración de la hermenéutica contemporánea. Es por ello que, acorde con lo dicho, se llevó a cabo primeramente una revisión de la historia compartida de retórica y hermenéutica desde la antigüedad griega hasta el siglo veinte. Seguidamente, se revisaron las modificaciones y avances ocurridos en ambas disciplinas como respuesta a los distintos fenómenos del siglo XX desde las sucesivas propuestas teóricas de Perelman, Gadamer, Ricoeur y Beuchot, señalando en ellas los elementos que permitieron, en una última parte, hablar de una complementariedad efectiva entre las disciplinas, así como de algunas perspectivas teóricas que permitirán dar continuidad a la investigación sobre el tema en futuros trabajos.

Marco teórico

Aunque la hermenéutica es una disciplina cuyos orígenes se remontan hasta la Edad Media, e incluso hasta la Grecia clásica, no es sino hasta el Romanticismo que ésta parece renacer, con una nueva perspectiva, en manos de Friedrich Schleiermacher, quien la definiría como el “«arte de evitar el malentendido» -malentendido propiciado por la distancia y extrañeza ante lo nuevo y las dificultades de comprensión que de allí se derivan-.” (Borsani, 1998, p. 65).

Schleiermacher se centra en la interpretación de textos, entendiendo la hermenéutica desde una perspectiva práctica más que teórica, aunque en él se encuentra ya un reconocimiento de la importancia de la subjetividad, así como elementos diversos que prefiguran los inicios del llamado "círculo hermenéutico"; una comprensión intuitiva unida a una comprensión comparativa o histórica. Posteriormente, Wilhelm Dilthey, en su intento de hacer una crítica a la razón histórica, diferenciará las Ciencias de la Naturaleza (ciencias del ámbito físico-biológico) de las Ciencias del Espíritu (ciencias humanas). Las primeras seguirían el método de la explicación y las segundas el método de la comprensión.

Según Dilthey, la hermenéutica sería el método ideal para éstas últimas, puesto que media entre la arbitrariedad interpretativa romántica y el reduccionismo naturalista, permitiendo una interpretación histórica de carácter universal (Lugo Rengifo, 2008). Martin Heidegger, por su parte, retomará la comprensión definida por Dilthey y llegará a la conclusión de que ella misma representa un fundamento ontológico para el ser humano. La hermenéutica deja de ser un método y se convierte en la forma de pensamiento por excelencia, ya que comprensión e interpretación estructuran la existencia del ahí; concibiendo el sentido como armazón existencial formal del estado de abierto inherente al comprender.

Pero sería definitivamente con Hans-Georg Gadamer que se fundamentaría, más allá de la hermenéutica tradicional, una hermenéutica que ya no tiene sólo carácter metodológico, sino que llega a tocar lo ontológico, es decir, una hermenéutica filosófica. En sus obras más importantes, *Verdad y Método I* y *Verdad y método II*, Gadamer entabla un diálogo con sus predecesores, preguntándose sobre las modalidades del entendimiento a partir de la hermenéutica como fundamento existencial. En dichas obras Gadamer intenta el rescate de un ámbito natural de la hermenéutica: la retórica.

Nuestro tema es la hermenéutica y para ésta es primordial la relación con la Retórica. Aunque no supiéramos que la hermenéutica moderna se desarrolló como una especie de construcción paralela a la retórica en relación con la recuperación del aristotelismo por Melanchthon, el problema de la retórica en el marco de una teoría de la ciencia sería el verdadero punto de orientación. La capacidad lingüística y la capacidad de comprensión poseen obviamente la misma amplitud y universalidad. Se puede hablar de todo, y lo que alguien dice se puede entender en principio. La retórica y la hermenéutica guardan aquí una relación muy estrecha (...) La hermenéutica se puede definir justamente como el arte de comentar lo dicho o lo escrito. La retórica nos puede enseñar de qué arte se trata aquí. (Gadamer, 2006, pp. 296-297).

En consonancia con ese rescate de la retórica, aparece como contemporáneo otro autor, sobre el que el mismo Gadamer hace mención en ambos volúmenes de *Verdad y Método*. Se trata de Chaim Perelman. En efecto, la filosofía de Perelman, al recurrir a esa "vuelta a Aristóteles" a través de la retórica, intenta llegar a una racionalidad no metafísica, concediendo un gran valor al lenguaje ordinario por su plasticidad y riqueza. La Nueva Retórica de Perelman, plasmada principalmente en *Tratado de la argumentación*. La Nueva Retórica, obra que elaboraría con la colaboración de su esposa Lucie Olbrechts-Tyteca, se ubica en un punto que permite moverse entre ciencias naturales y sociales, matemáticas, filosofía, arte y literatura, puesto que precisamente está en un campo intermedio entre el irracionalismo y la razón apodíctica y apremiante: el campo de la argumentación.

Esta es una filosofía no metafísica, sin fundamentos eternos ni verdades ni valores absolutos. Es, como quiere Perelman, una filosofía regresiva, que vuelve sobre sus fundamentos para revisarlos -si existen razones para hacerlo- y que está abierta al debate y al desacuerdo, según Gosseth (...), maestro de Perelman, y según el mismo Perelman, cuando afirma que la filosofía puede ser tanto sistemática como abierta. (Cuadros Contreras, 2006, p. 46).

La similitud entre esa filosofía regresiva perelmaniana y el círculo hermenéutico de Gadamer es innegable. Si tanto en sus orígenes como en su estado actual la retórica y la hermenéutica

son afines, la tarea a seguir es registrar esas afinidades. Sobre la Nueva Retórica, dirá Gadamer.

Con una mayor consciencia filosófica actúa desde hace tiempo y desde la vertiente filosófica una tendencia similar cuando Chaim Perelman y sus colaboradores han defendido el significado lógico especial de la argumentación corriente en derecho y en política contra la lógica de la teoría de la ciencia. Se reivindica aquí con los recursos del análisis lógico, pero con la intención de destacar los métodos del discurso persuasivo contra la forma de demostración lógico-apodíctica, la instancia anterior de la retórica frente al positivismo científico. (...) También esto ha favorecido el interés por la hermenéutica. Porque ésta tiene en común con la retórica la delimitación frente al concepto de verdad de la teoría de la ciencia y la defensa de su derecho a la autonomía. Queda aún pendiente la cuestión de si la correspondencia históricamente legítima entre retórica y hermenéutica es total y plena. (Gadamer, 2006, p. 638).

Esta relación evidenciada por Gadamer entre retórica y hermenéutica, seguirá siendo un lugar común entre los pensadores herederos de su legado. En esa dinámica, Paul Ricoeur, en su desarrollo de teorías hermenéuticas, pasará de una teoría del símbolo a otra de la metáfora y de ésta a una del texto. Y es precisamente en su hermenéutica metafórica donde existe una conexión con el trabajo de Perelman, ya que la metáfora ha sido tradicionalmente objeto de estudio de la retórica. Ricoeur se vale de las características esenciales de la metáfora. Sobre el particular comenta Escribar Wicks:

La retórica antigua, que considera que las palabras por sí mismas tienen un significado "corriente", esto es, aceptado por la comunidad parlante, piensa que la metáfora consiste en la transposición de un nombre, por ejemplo, desde el género a la especie, o de un ente a otro con apoyo en una analogía; la función de la metáfora consistiría en suplir una carencia en nuestras denominaciones, proveniente del hecho de que existen más cosas que palabras; o bien, buscaría adornar el lenguaje para seducir o convencer. Mediante dicha transposición, la palabra "corriente" adquiriría una significación "figurada". Desde esta perspectiva, la metáfora desempeña una función meramente emocional dentro del discurso y no aporta ninguna información sobre la realidad. (...) Para la semántica moderna, en cambio, (...) la metáfora surge como producto de una "impertinencia semántica"; esto es, de una no concordancia entre los términos de la frase, cuya interpretación literal nos conduce al absurdo. Esa "impertinencia semántica" nos obliga a dar al enunciado una nueva interpretación, creadora de sentido, mediante una especie de torsión impuesta a las palabras. Como consecuencia de dicha creación, la metáfora pone de manifiesto un parentesco entre ámbitos de lo real que nunca antes habíamos percibido como cercanos entre sí. En esta forma, el poeta, al inducirnos a ver el pájaro "como" flor de plumas o "como" ramillete con alas evidenciaría la función reveladora de la metáfora, su decirnos algo nuevo acerca de la realidad. (Escribar Wicks, 2005, pp. 5-6).

No es poca la cercanía de Ricoeur y la Retórica perelmaniana. En el contexto de un homenaje rendido a Perelman por sus discípulos, Ricoeur retoma un estudio basado en una conferencia dictada por él en presencia del homenajeado en 1970 en el Instituto de Altos Estudios de Bélgica. El texto resultante se llamó Retórica-Poética-Hermeneutica y es, como su nombre lo sugiere un intento por mostrar las semejanzas y diferencias entre estas tres disciplinas afines. Sobre la retórica, la poética y la hermenéutica dirá, respectivamente, en ese mismo orden: "Argumentar, configurar, reescribir, tales son las tres operaciones mayores que en su respectiva intención totalizante hacen excluyente a cada una de ellas, pero que la finitud de su situación original condena a la complementariedad" (Ricoeur, 1991, p. 97). Pero será en La metáfora viva donde el autor desarrollará mejor, a partir de un análisis exhaustivo de los trabajos de Aristóteles y su relación con toda la teoría posterior, incluyendo la del siglo XX, sus ideas sobre un modelo de interpretación metafórico.

Finalmente, el mexicano Mauricio Beuchot intenta, desde los años 80's del siglo XX, con gran éxito, la fundamentación de una nueva teoría hermenéutica que supere uno de los grandes problemas a los que se ha enfrentado esta disciplina, esto es, la pugna entre

dos formas básicas de entender la interpretación; la primera, propia del positivismo, de la filosofía analítica y corrientes afines, que pretende rescatar un solo sentido. A ésta la denomina Beuchot hermenéutica de tipo univocista. La segunda sería la propia del romanticismo y de los filósofos posmodernos que concluyen que el sentido o sentidos de un mismo texto son infinitos y no es posible alcanzar un consenso; Esa sería, para el autor mexicano, una hermenéutica de tipo equivocista (Conde Gaxiola, 2005²). Lo interesante de Beuchot es que, a partir del rescate de uno de los procedimientos retóricos reconocidos en la antigüedad clásica y el medioevo, propone una mediación que, si bien demuestra la imposibilidad de una sola interpretación o univocidad, reconoce también que existen muchas interpretaciones de las cuales es posible privilegiar unas sobre las otras, evitando el equivocismo absoluto. El procedimiento retórico usado por Beuchot es la analogía, y de allí la denominación de su teoría que, aunque con bibliografía extensa, se encuentra esbozada en líneas generales en su obra *Tratado de Hermenéutica Analógica*. Cabe anotar que Beuchot sigue la senda marcada por Gadamer y Ricoeur, a quienes reconoce como antecesores legítimos, sobre todo al último por su trabajo con la Teoría de la Metáfora, si bien su objetivo es trascender los trabajos de sus maestros. También es importante su texto *La retórica como pragmática y hermenéutica*, donde da una mirada al trayecto histórico de esas tres formas de entender el lenguaje, desde Aristóteles hasta Ricoeur, e incluye su propia obra como heredera de dicho legado.

La importancia de la obra de Beuchot radica en su profunda reflexión sobre la posibilidad de configurar un pensamiento hispánico, particularmente latinoamericano, desde la comprensión de una historia que se remonta hasta los tiempos del descubrimiento, la conquista y la colonia. De esta manera pueden conjurarse las opiniones que acusan al acervo teórico de la retórica y la hermenéutica de perpetuar una visión eurocentrista del conocimiento y más bien se permite encontrar puntos de encuentro para una sociedad como la contemporánea, en la que las fronteras se difuminan, pero donde es necesario reconstruir una identidad para entender las dinámicas locales y poder participar apropiadamente de lo global.

Desarrollo del proyecto y conclusiones

La investigación dio como resultado un texto dividido en tres partes. La primera de ellas fue *Retórica y hermenéutica: orígenes comunes y afinidades históricas*, donde se intentó la escritura de un panorama histórico sobre estas dos disciplinas, con milenios de antigüedad. Era una tarea abrumadora y pecaría de pretensioso quien la acometiera pensando que habría de entregar un panorama íntegro, ya que la mera revisión de los tratados más importantes superaría las posibilidades de cualquier volumen. No obstante, una aproximación sintética al desarrollo de la retórica en comunión con la hermenéutica fue posible y era recomendable como primera parte de la investigación, antes de abordar cualquier asunto de su estado de cosas contemporáneo, puesto que la naturaleza autorreflexiva de ambas disciplinas hacía necesario un permanente volver a los orígenes, como en efecto lo mostraron los neoretóricos y hermeneutas de los siglos XIX y XX, quienes desarrollaron sus teorías a partir de una revisión de los conceptos clásicos. Hecha esta salvedad se comprende que sólo se tratara a los autores más pertinentes según la forma en la que se desarrolló la argumentación posterior.

Quizás lo más significativo, por no decir evidente, de ese tránsito histórico, fue el hecho de que la manera como se entienden actualmente ambas disciplinas sería distinta sin el legado de Aristóteles. En efecto, la concepción que sobre el lenguaje han construido la mayoría de los filósofos de la segunda mitad del siglo XX (particularmente aquellos "analíticos blandos" o filósofos del lenguaje anglosajones) se cimienta en la razón práctica aristotélica y en la prioridad que ésta otorga al habla común u ordinaria, todo como respuesta frente a la llamada crisis de la razón teórica occidental iniciada por el cartesianismo y madurada en el positivismo lógico. También se hizo evidente la importancia de la Patrística y la Escolástica medievales

2. Cuando Beuchot habla de equivocismo no se refiere al sentido de error, sino de equi-vocidad, de ambi-valencia, de ambi-güedad.

para el surgimiento de la hermenéutica, así como del Renacimiento para su desarrollo como disciplina lingüística. Mas adelante, se vio la influencia capital de la Reforma Protestante en el establecimiento de los procedimientos fundamentales de la interpretación, y del Romanticismo en la construcción de una hermenéutica de tipo filosófico, tal como actualmente se la concibe.

En la segunda parte del trabajo, denominada Siglo XX: hacia un paradigma retórico-hermenéutico, se llevó a cabo la revisión de cuatro autores de gran importancia al hablar de una complementariedad retórica-hermenéutica, e incluso, de un posible paradigma metodológico retórico-hermenéutico para las ciencias humanas. Tales autores fueron Chaïm Perelman y su propuesta neoretórica de tipo filosófico, Hans-Georg Gadamer y su hermenéutica también filosófica, Paul Ricoeur y su propuesta hermenéutica emparentada con el fenómeno de la metáfora, y Mauricio Beuchot con su hermenéutica analógica. Se expusieron los elementos más relevantes de cada una de sus propuestas, intentando poner en relieve aquellos que permitían hablar de una complementariedad teórico-práctica entre ambas disciplinas.

La tercera parte del proyecto, Más allá de la complementariedad retórico-hermenéutica, se dividió en dos secciones. La primera a manera de conclusiones, incluyendo los esbozos de un problemática mayor, que servirá de base para una investigación futura. La segunda con consideraciones pedagógicas desde una perspectiva retórico-hermenéutica. Se cerrará este documento con la exposición de dicha parte del proyecto.

En la primera sección se sacaron en claro varias cuestiones fundamentales:

1. La retórica como teoría general de la argumentación está presente desde los orígenes mismos de la civilización occidental, en tanto que obedece a una necesidad eminentemente humana, la de la convivencia, y en tanto que está sustentada en la capacidad humana por excelencia, la capacidad del lenguaje. La retórica, vista desde una perspectiva histórica, más que una disciplina accesoria, está ontológicamente ligada a la vida humana. Como síntesis, puede decirse que la hermenéutica, tanto como la retórica, aparecen cuando no se puede definir puntualmente un nivel de verdad específico, necesario; cuando es sólo posible reconstruir un criterio de verosimilitud más o menos válido en la medida en que ciertos elementos hacen aparición para validar dicho criterio a partir de la deliberación y de la especulación; de allí que el lugar primario de ambas disciplinas sea el lenguaje, y que todo aquello que se concluya parezca estar dotado de un aire de axioma indemostrable, pero pese a ello, también de un aire de fundamento desde el cual es posible generar futuros desarrollos. Precisamente por esto es que retórica y hermenéutica son saberes eminentemente prácticos, que responden o deben responder a las exigencias de acuerdo de comunidades específicas, sin perder, simultáneamente un rumbo tendiente a la universalidad. Es entonces cuando cobra importancia la historicidad de la comprensión, la conciencia de la historia efectual, es decir, de que todo desarrollo previo afecta lo que pueda pensarse sobre cualquier materia en discusión, y de que al mismo tiempo es posible volver, con una actitud renovadora, a tratar cuestiones pasadas, en un movimiento de permanente circularidad, en la que siempre está presente un ejercicio de precomprensión, un diálogo con la tradición desde la propia situación hermenéutica, desde aquello que es familiar y facilita crear un lazo con lo extraño, alcanzar un horizonte de sentido en el que se fusionan los límites de lo conocido y lo desconocido y en el que es posible generar un nexo argumentativo que va de lo aceptado a lo controvertible para inyectarle cierto nivel de aceptación, de acuerdo, o para desvirtuarlo simplemente por su insuficiencia.

2. Tanto retórica como hermenéutica implican la responsabilidad y toma de partido frente al sentido de lo dicho y de lo escrito. Ambas disciplinas, desde su origen, sostienen en su proceso de desarrollo una relación permanente de retroalimentación con la política y el Derecho, y esto a causa de su naturaleza práctica, de su función como mediadoras en conflictos frente a los cuales no es posible establecer criterios de validez universales o permanentes, conflictos ante los que es necesario proponer respuestas versátiles, porque el mundo de lo humano es también cambiante, pero respuestas que no renuncian a la búsqueda de una estabilidad, de una regularidad que evite el caos social, porque existe siempre en el ser humano la necesidad de buscar un equilibrio, un punto de encuentro, un justo medio.

3. La característica primordial y compartida entre retórica y hermenéutica es la búsqueda, el hallazgo o la generación permanente de enlaces o disociaciones entre esferas de la realidad, una realidad que cambia poco a poco y no de manera abrupta en tanto que siempre mantiene en el fondo, aunque sea un poco, una unidad de lo diverso. Por ello es que ambas disciplinas tienen su base en el lenguaje, porque es la instancia de encuentro del ser humano con el resto del mundo, una instancia estructurada a partir de regularidades, de elementos constitutivos que varían muy lentamente, pero que simultáneamente se adaptan, siguiendo ciertos procedimientos, a los fenómenos que pueden ser percibidos y que por ello generan la necesidad de ser comprendidos, de ser encajados en un sistema de organización preexistente que muchas veces pareciera carecer de elementos suficientes para responder ante dicha novedad. Ambas disciplinas tienen como misión de base, más que generar un texto para un contexto o entender un texto en su contexto, comprender de qué manera es posible dicha contextualización, o mejor, cómo es que el lenguaje posibilita dicha respuesta del ser humano frente al mundo.

4. Cualquier visión de mundo que proponga un criterio específico para entender lo lingüístico hace que la retórica pase a cumplir una función determinada dentro de la estructura general del conocimiento humano. Una visión de mundo basada en la reivindicación de los estudios del lenguaje como parte importante de dicha estructura propondrá una disciplina retórica de gran alcance, como en efecto ocurrió en la Antigüedad y en el Medioevo, gracias a la influencia de Aristóteles, y como viene ocurriendo después de la segunda mitad del siglo veinte, tras el reconocimiento de la crisis del positivismo. Los grandes cambios dados en la historia de la civilización han sido producto de una modificación en los criterios para interpretar la realidad, tanto humana o social como natural, y esos criterios surgen de la consideración de ciertos elementos como si debieran entenderse a partir de otros, como si su modo de ser se modificara al ser vistos de manera distinta. El papel del lenguaje y su forma de existir, de manifestarse, coimplica el ocurrir de la historia humana como si de una constante narración o texto se tratase, una historia en la que es necesario escuchar y leer entre líneas para alcanzar diversos niveles de entendimiento, pero en la que la subjetividad es también protagonista. La historia (story sería en el inglés, acaso más específico en este caso) que la historia (history) cuenta, adquiere un sentido más definido no sólo cuando la distancia en el tiempo es mayor y permite el recuento de lo ya ocurrido, sino cuando la reflexión de aquellos que se han ocupado del asunto permite alcanzar niveles de comprensión más abarcatos y conexiones más profundas.

5. Para dar inicio a cualquier exposición de los elementos de complementariedad entre retórica y hermenéutica, es capital retomar el concepto central del proceso de revaloración de la primera de las disciplinas: la definición de las figuras del discurso o tropos como dispositivos que tienen un valor argumentativo más que ornamental. Para el análisis de los tropos se necesita, por una parte, una estructura o forma discernible independiente del contenido, ya sea desde lo sintáctico, lo semántico o lo pragmático, y por otra, un empleo que atraiga la atención, precisamente por ser distinto del normal. Es necesario entonces ver la metáfora desde un punto de vista más semántico-pragmático que sintáctico-semiótico (entendida la semiótica como relación estricta de los signos al interior del sistema), haciéndose el contexto elemento primario para la generación de nuevas significaciones. Una figura del discurso es argumentativa cuando genera un cambio de perspectiva, un paso de lo habitual a lo inusual y el retorno a un habitual de otra índole. Aquí entra en escena el ideal mediador de la hermenéutica como comprensión de lo extraño a partir de su encuentro con lo conocido, y la creación de nuevos horizontes de sentido a partir de figuras como la metáfora, núcleo de la creatividad en el lenguaje. Se rechaza la idea de metáfora como comparación, sustitución u ornamento, prefiriendo la de interacción y técnica de invención, en tanto presenta un carácter vivo, matizado y variado, mucho más acorde con las relaciones entre conceptos expresados de una sola vez por las figuras del discurso, y por su supuesto, mucho más acorde con la realidad visible con la cual el lenguaje guarda una relación de coimplicación.

6. En el mundo humano, el lenguaje depende del reconocimiento de la forma de ser de lo real y lo real depende de la forma de ser del lenguaje. La antigua regla retórico-hermenéutica de que el todo debe ser comprendido desde la parte y la parte desde el todo, y de que con la referencia al todo desde la parte se hace una anticipación de sentido que se confirmará con la concatenación de las partes en ese todo, confirma el potencial de la frase como elemento generador de sentido, frente a la palabra, portadora de significado, y simultáneamente, la dependencia de la frase frente a la palabra en toda realización lingüística efectiva.

7. Se vislumbra la presencia de una estructura constante en lo real y en lo humano, una estructura que tiene su punto álgido en el problema de la semejanza como inicio (o al menos como

referencia obligada) de toda teoría del conocimiento: la estructura de enlaces y disociaciones, cuyo contenido es eminentemente visual. Existen diferentes esquemas argumentativos que resultan ser lugares (topoi), en tanto que su aplicabilidad depende del acuerdo. El concepto de topoi o lugares espacializa, da contenido visual a cualquier ejercicio argumentativo, y esto es innegable cuando se analiza cualquier figura (el mismo nombre vuelve a plantear la "visualidad") del discurso como ejercicio basado en un ver como, particularmente en la metáfora y la analogía.

8. Cuando se habla del principio hermenéutico fundamental de la inclusión de la parte en el todo, se considera a la metáfora como propia del equivocismo y a la metonimia como propia del univocismo, siendo ambas procedimientos analógicos que trascienden su uso retórico hasta convertirse en esquemas de pensamiento que proporcionan el sustento de diversas concepciones sobre la epistemología y la teoría del conocimiento. La ciencia moderna y el positivismo serían fruto de esquemas de pensamiento con bases tanto más univocistas-metonímicas que las teorías propuestas por los pensadores de las Ciencias del Espíritu, de cuño un poco más equivocista-metáforico, y prueba de ello sería el desarrollo mismo de sus métodos: en el caso de lo inductivo y lo deductivo se sigue el paso de la parte al todo y del todo a la parte, y en el caso del método de la comprensión se intenta ver el sentido de manifestaciones aparentemente diversas entendiéndolas como un todo. Puede considerarse lo metáforico como modelo teórico similar a aquellos que fundamentan todas las ciencias, pero con un estatus singular en tanto sirve para dar cuenta no sólo de la relación del hombre con su realidad extramental, sino también de aquellas cuestiones ontológicas que atañen a su experiencia íntima. Lo literario deviene modelo teórico de la naturaleza humana, por llamarlo de alguna manera, y, a nivel general, el verdadero arte es un producto de la tradición por más que se intente exaltar una autonomía del genio o de la inspiración; esto en la medida en que el arte muestra un nivel de verdad que también participa del modo de ser de la argumentación, ya que causa ciertos efectos de sentido dependiendo de ciertas técnicas o procedimientos, como lo hace el orador. Al final, tanto la obra de arte, como el canon de ciertas obras y su interpretación se van convirtiendo en lugares comunes o tópicos de naturaleza icónica, con un poder significativo dormido en su interior y son, en esa medida, analógicos.

9. Son diversas las maneras en que se establecen las relaciones analógicas y metafóricas en tanto fusión o tensión entre conceptos. Una de ellas tiene que ver con el efecto, generado por la fusión-tensión, que presenta a la analogía como dato de acuerdo (sólo se la entiende cuando se acuerda o se esclarece la relación entre sus partes), con lo que no es descabellado afirmar que la metáfora, analogía condensada, configura una realidad en tanto que expresión de lo que se da (datum), siendo lo dado, en este mismo sentido, no el mundo de la realidad extramental pura y cruda, sino una realidad de tipo analógico, la condición de posibilidad de un conocimiento sobre el mundo, alcanzable hasta cierto punto, pero no absoluto; en permanente avance y nunca terminado, pero necesario como acuerdo para sustentar futuros desarrollos. Así se establece, de nuevo, la verdadera importancia de la tradición, entendida como punto de acuerdo y equilibrio frente a ciertas parcelas de lo conocible, como hecho cultural cifrado en el lenguaje, no como camisa de fuerza sino como posibilidad de apertura a lo nuevo a partir de lo preexistente. La presencia de dicha tradición como algo arraigado en el lenguaje es vista en las metáforas adormecidas, aquellas que han terminado por cargarse de cierta univocidad aparente, pero que guardan un gran potencial argumentativo y aún ontológico. La noción de acuerdo es, desde esta óptica, fundamental para hablar de complementariedad retórico-hermenéutica: todo acuerdo se logra siempre con otro, frente a otro, aun en la deliberación íntima en la que se delibera con una representación propia como otredad. Ese otro es topoi, es tradición, es prejuicio que intenta superarse o conciliarse con argumentos. Finalmente, toda tradición proviene de un acuerdo y es un acuerdo, un acuerdo logrado a partir de la deliberación; deliberación que, al valerse de diversas figuras del discurso intencionalmente usadas con fines argumentativos, no puede más que cargarse de sentido y ampliar los horizontes de mundo gracias al carácter de mediación que fundamenta a fenómenos como la metáfora o la analogía.

10. La conversación implica siempre una ética, en la cual, si bien no se pueden obviar del todo las opiniones previas, es necesario, prudente y responsable llegar más allá para construir nuevos horizontes de sentido; generar un distanciamiento de aquello que usualmente media como opinión generalmente aceptada para poder alcanzar la esfera de la conversación, en la que se pretende, a partir de la lógica de pregunta y respuesta, trascender las opiniones dominantes y llegar, gracias al discurrir, a todas, o por lo menos gran parte de las consecuencias posibles. La interpretación sigue una estructura secuencial, discurre partiendo de un punto para llegar a otro, y por ello, está siempre parcializada de cierta forma, con lo que se hace necesario el diálogo para cancelar las imposiciones unilaterales y alcanzar un nivel de verdad como totalidad incluyente de

sentido gracias a una constante argumentación que permita la constante construcción de puntos de encuentro y de caminos alternos. El movimiento mismo del lenguaje a través de la metáfora como fenómeno que amplía la referencia y el sentido de las expresiones lingüísticas, fijándolas en ocasiones en usos adormecidos, tiene conexión directa con la dialogicidad, en la medida en que lo metafórico es un acontecimiento que se entiende mejor desde el habla, desde el discurso y no sólo desde el sistema formal de la lengua, al que finalmente modifica y amplía.

11. Lo especulativo tiene una estructura análoga, en tanto hay, como si de una metáfora duplicada se tratase, una atribución equívoca de propiedades y una reflexión (de allí lo especular en lo especulativo) de lo uno en lo otro para alcanzar, a partir de la preeminencia del ejercicio predicativo más que del de la denominación, la representación de una unidad conceptual. Esa unidad de lo diverso, entendible en términos de metáfora, es sin duda un fenómeno de alta complejidad porque hace pensar en una unidad que trasciende al lenguaje para incubarse en el seno mismo de lo real a través del fenómeno de la semejanza. La semejanza no es una cosa que se instaura únicamente en la mente humana, sino que parece estar, de una manera aún desconocida para el ser humano, justificada por una peculiar naturaleza del mundo. Aquí se hace presente la cuestión de fondo de la cual se ha hablado como punto de llegada del presente trabajo y de inicio para uno acaso más ambicioso: el problema de la semejanza y su papel en la configuración de una teoría acerca del conocimiento humano desde una perspectiva filosófica y antropológica del lenguaje.

12. Hay sin duda un punto de articulación fundamental para las teorías retórica y hermenéutica y tiene que ver específicamente con un hallazgo sobre la experiencia cotidiana. La experiencia del mundo hace ver que la creación de conceptos no está basada en el aplicar significados preexistentes a entidades exactamente equivalentes, sino en un proceso constante en el que cada vez que se intenta usar una expresión para designar una referencia se intenta realmente hallar lo común entre lo distinto para poder subsumirlo en un esquema general. Y ello no porque pueda afirmarse categóricamente la existencia efectiva de generalidades específicas y constantes, sino porque la experiencia particular condiciona la percepción de semejanzas en la forma en que se manifiesta y significa la realidad para cada quién. La conciencia lingüística percibe, o crea, y expresa naturalmente estas semejanzas, porque está estructurada a partir de un metafóricismo o analogicidad fundamentales. Cuando una semejanza es establecida, aceptada e incorporada al uso del lenguaje, es posible retornar a ella para generar así nuevas posibilidades de semejanza. Aquello de lo que se valen la retórica y la hermenéutica como principio de aplicación no es nada menos que el principio general de formación del pensamiento y del lenguaje desde sus niveles más básicos: la consideración de lo común, de la correspondencia proporcional, de la analogía; la confrontación permanente con el problema de la semejanza.

13. La realidad humana misma guarda coherencia con ciertas estructuras o formas de pensamiento que hacen posible asemejar dominios diferentes del mundo al encontrar similitudes entre ellos. La forma natural de ser de la argumentación es clara: se parte de lo aceptado, verdadero o verosímil para transferir esa aceptación, verdad o verosimilitud de las premisas iniciales a las que se presentan como nuevas ante el auditorio, es decir, se va de lo familiar a lo extraño y se le da a lo extraño carácter de familiar. Y ese es precisamente el movimiento natural de la comprensión hermenéutica, y el modo mismo de existencia y de desarrollo del lenguaje, de manera que retórica y hermenéutica se entrelazan tanto en su principio fundamental: el encuentro de un lazo de unión entre parcelas distintas de la realidad con el objeto de tener un mejor entendimiento o comprensión de y entre ellas, como en su metodología esencial: la transmisión o trasposición de verdades de distintos tipos o niveles, yendo siempre desde el acuerdo, de lo más conocido, aceptado o familiar, a lo menos, tanto en el caso de la argumentación como en el caso de la interpretación.

14. La comprensión del mundo gracias al lenguaje apela al ver como: ver el mundo como un texto, una construcción pléctica de elementos constitutivos en la que cada parte cuenta para el correcto funcionamiento del todo, y en la que el funcionamiento de ese todo justifica la forma de existencia particular de la parte. Esa relación de partes y todo opera tanto en el mundo como en el lenguaje a partir de diversos niveles y por ello configura otro de los principios fundamentales de retórica y hermenéutica. Las partes (palabras y cosas) parecen tener particularidades más o menos constantes que las dotan de una finitud y regularidad aprehensibles. Y el todo (mundo y lenguaje) parece ser mucho más móvil y complejo, infinito e inasible. Este ha sido un problema tanto de la filosofía como de los estudios del lenguaje; en él subyace la capacidad de

trascendencia del lenguaje frente al mundo. El lenguaje es el uso infinito de medios finitos. Pero tal afirmación plantea a primera vista una aporía: el número de combinaciones posibles de un sistema finito es, aunque potencialmente vasto, forzosamente finito. ¿Cómo es entonces posible que un sistema finito genere una combinatoria infinita? La relación entre partes y todo opera desde diversos niveles. La respuesta del lenguaje frente al mundo como fenómeno que debe ser comprendido tiene su posibilidad en la dinámica interna de la frase como espacio esencial para la combinatoria de elementos en el que es posible generar vínculos entre esferas distintas de lo real, esferas que a primera vista parecen inconmensurables o incompatibles.

15. La relación entre retórica y hermenéutica como disciplinas complementarias puede entenderse a partir de un fenómeno que tiene carácter modélico a todo nivel, ya que en él se materializa todo el potencial creativo del lenguaje y su posibilidad de evolucionar según las necesidades de la comprensión del mundo. Es el fenómeno de los tropos o figuras del discurso, dispositivos lingüísticos que permiten decir algo más sobre el mundo haciendo uso de elementos preexistentes, dispuestos, eso sí, de manera innovadora. De entre estos dispositivos lingüísticos destacan la analogía y la metáfora, tropos que basan su funcionamiento en una capacidad que parece ser inherente al hombre: la de establecer semejanzas, o mejor, la de ver como. Esta capacidad subyace en los fundamentos de la retórica y la hermenéutica. Sin ella no se podría lograr la aceptación de una tesis a partir de su conexión con las ya aceptadas o comprender lo extraño en términos de lo familiar. La posibilidad de la argumentación y de la comprensión descansa en la capacidad de establecer semejanzas, pero también descansa en ella la posibilidad de cualquier forma de conocimiento humano. Cada método, cada epistemología guarda en su seno la necesidad de relacionar cosas y fenómenos, porque el conocer no es más que la relación que establece la conciencia humana con el resto del mundo, y es por eso que el problema de la semejanza cobra pleno sentido como origen de cualquier investigación sobre la posibilidad y forma de ser del conocimiento.

16. El ser humano parece comprender al mundo y autocomprenderse bajo los mismos principios que fundamentan a las disciplinas retórica y hermenéutica. La existencia de un mundo independiente de la conciencia es innegable, aunque, por supuesto, el movimiento de la comprensión, que es el mismo de la persuasión, conlleva una amplia carga de subjetividad, lo que hace imposible hablar del mundo con independencia de quien lo experimenta. Toda argumentación, para ser eficaz, estará siempre moviéndose entre lo parcialmente universal y lo particular, ya que apela en cada caso a la generación de conexiones entre formas de entender el mundo, lo cual no es posible si no se intenta comprender lo que se dice o muestra como si fuera universalizable. En todo proceso interpretativo y argumentativo, las convicciones propias del intérprete se imbrican con las propuestas del autor al que interpreta, y las convicciones propias del orador se imbrican con las verdades aceptadas por su auditorio. Sólo al considerar en qué lugares hay un horizonte compartido entre orador y auditorio es posible hacer una argumentación afortunada. Sólo es posible entender de manera cabal el fenómeno del conocimiento desde una perspectiva analógica, que busca precisamente el punto medio entre lo equívoco y lo unívoco.

17. A propósito de la búsqueda de lo analógico, toda argumentación, al partir del acuerdo plausible y no de la verdad probada, está sujeta al proceso de atribución de significado al que se someten los datos con los cuales se trabaja. Tal convencionalidad, de la cual depende el acuerdo, no es más ni menos que la efectiva presencia de lo analógico; el encuentro de un justo medio de naturaleza frágil, siempre móvil, que requiere en ocasiones de respuestas creativas que amplíen los horizontes de sentido; es por esto mismo que lo dialéctico-dialógico caracteriza al pensamiento humano. El pensamiento tiene siempre una naturaleza primariamente actual y secundariamente potencial: no puede conocer por entero lo infinito y es por eso que el hombre necesita de una amplitud limitada –analógica– para el conocer. El entendimiento humano no puede abarcar todo su saber de una sola ojeada y debe entonces ponerlo a consideración como en un diálogo permanente consigo mismo. El pensamiento mismo es entonces analógico en tanto es siempre una manifestación del lenguaje, un discurrir, un decirse; búsqueda y creación de mediaciones entre el ser humano y el mundo a todo nivel. En cuanto a la dialogicidad, es una característica esencial del lenguaje que funciona a partir de una dinámica de pregunta y respuesta que implica la construcción de un acuerdo entre el que interpela y el que es interpelado, de lo cual resulta el reconocimiento de la existencia de ciertas realidades y del peligro de la inconsistencia en lo que se declara sobre las mismas. Tanto retórica como hermenéutica están sustentadas en el ejercicio dialógico porque el lenguaje mismo se manifiesta sólo bajo esa estructura, y ambas disciplinas no son más que formas de entender el contenido ontológico del lenguaje, su capacidad de instaurar modos de entender lo real.

18. Hay aquí una constatación fundamental frente al modo de existencia de lo real. La realidad humana es siempre una continuidad: parte de la aceptación (más o menos) unánime de unas condiciones o premisas mínimas que son constantes antropológicas, más o menos laxas desde ciertas perspectivas, ya culturales, ya teóricas. Este tipo de acuerdo ha tenido un gran protagonismo desde la antigüedad clásica y lleva implícito un principio fundamental antropológico: no es posible entender el mundo si no se tiene una estructura o punto de apoyo en el cual fundamentarse.



Aquí se llega al punto culminante este primer ejercicio teórico y se alcanza el punto de partida de uno mucho más ambicioso. Por esto resulta mucho más relevante el retomar de una manera distinta el curso de lo que queda por exponer. En efecto, la complementariedad entre retórica y hermenéutica terminaría por convertirse en una suerte de cuestión, acaso más o menos probada efectivamente, que pasaría a un segundo plano frente a la real problemática de fondo que se desvela al verificar las cuestiones de las que se viene hablando: la problemática de la definición del conocimiento humano desde la perspectiva filosófica del lenguaje a todo nivel. Porque a partir de dicha definición resulta fácil probar la conectividad de cualquier disciplina con otra, pues en el entendimiento de la manera como el ser humano estructura su lenguaje, y por ende su mundo, se basa el entendimiento de ese mismo mundo como totalidad en la cual existe siempre la posibilidad de la relación. Exactamente esa relación es la que se ha convertido en punto de enlace que permite, primero, exponer la complementariedad retórico-hermenéutica, y segundo, alcanzar un punto focal desde el cual afrontar el conocimiento como elemento problemático de fondo para el presente trabajo. Como puede verse, es esta suma de principios relacionales, por llamarlos de algún modo la que genera una problemática mucho más profunda: la problemática de la semejanza que debe ser abordada como una legítima arqueología del lenguaje. Tal idea no es producto novedoso y exclusivo del presente trabajo. Pero se hace más patente al revisar las temáticas expuestas que enlazan con el problema del lenguaje como habitáculo de la semejanza, ya compartido, ya exclusivo. Espacio compartido en el sentido de que lo real se yergue casi como algo innegable, sustentado por la evidencia empírica, por la abrumadora presencia y permanencia del mundo a cada momento, en cada vivencia.

El lenguaje nombra todo lo perceptible, llena al mundo de sentido y es coherente con un orden que parece evidente, como el que descubre la física moderna, en el que cada causa tiene un efecto y cada fenómeno tiene unas consecuencias. Allí tiene cabida un tipo de semejanza, la que permite la generación de códigos ordenadores, de cadenas lógicas comprobables. Pero ese es el espacio compartido con el mundo sensible, que existe con independencia extramental, por llamarla de algún modo, y que parece guardar una coherencia relacional, una semejanza intrínseca. ¿Es acaso legítima esa capacidad de relación de las cosas del mundo entre ellas mismas, sabiéndose que sólo puede ser verificada en el lenguaje? Porque existe así mismo una extensión exclusiva de lo lingüístico, en la que ya no es posible posicionar, ubicar las cosas del mundo como se presentan según su propio orden sensible, espacializado; esa extensión es el dominio de las puras palabras, de la poesía, del juego posible y caprichoso que va más allá de la ficción narrativa, una extensión en la que cualquier palabra se arrima a otra sin necesidad de un lugar común, de un previo acuerdo, de una semejanza evidente.

Toda esta reflexión viene de aquel ejercicio inicial en el que se hacía visible el cambio en la forma de considerar el orden del mundo a través de la historia, un cambio que afecta el modo de ser de la interpretación, de la hermenéutica, y que pone en escena, por un lado, el acontecer permanente del mundo y del lenguaje, y por el otro, los constantes intentos de dilucidar a partir de una teoría la forma en que acontece la comprensión de lo real desde la semejanza que instaura un orden o que permite crearlo. Esta incertidumbre no es nueva en el mundo. Esta preocupación por el problema de la semejanza y sus modos de existencia en el mundo y en el lenguaje ha sido tratada, por ejemplo, por Michel Foucault en su texto *Las palabras y las cosas* (1988)³. Foucault partía de un asombro frente a un texto de Borges, El

3. No se hará aquí una glosa exhaustiva de dicho texto, ya que supera los límites y alcances del presente trabajo, pero es conveniente traerlo a colación como ejemplo de la cuestión que se quiere plantear.

idioma analítico de John Wilkins (1960, p. 142), donde una serie de animales, imaginarios unos, indeterminados otros y más cercanos los últimos, es puesta en el escenario de una clasificación común aunque imposible. Pero ¿Cómo puede ser algo pensable y al mismo tiempo imposible? El campo de lo pensable implica de antemano la posibilidad, por más que aquello que se piense proponga vecindades incoherentes con lo sensible, y esto porque el campo común es el del mero lenguaje más allá de una referencia primaria. Ese problema, el de la referencia, se erige como el más complejo dentro de la hermenéutica precisamente porque implica una relación entre el mundo y el lenguaje, relación que parece fracturarse cuando aparecen nuevas semejanzas que echan al suelo cualquier sistema u orden establecido desde criterios fijos de similitud y diferencia. Este es el caso de la poesía y en general de cualquier uso del lenguaje basado en tropos, que intenta siempre romper una pertinencia semántica ya establecida para establecer una pertinencia de otro orden, lo que no es más que la instauración de una referencia segunda, en ocasiones no verificable desde el punto de vista de lo sensible, pero siempre posible en el discurso.

Frente a esta constatación, la de la posibilidad constante del derrumbamiento de todo orden filosófico o taxonomía científica, Foucault intenta encontrar una constante de fondo que aún permite que el afán ordenador no cese y siempre sea posible: "Así, existe en toda cultura, entre el uso de lo que pudiéramos llamar los códigos ordenadores y las reflexiones sobre orden, una experiencia desnuda del orden y sin modos de ser." (Foucault, 1988, p. 6). De manera que Foucault emprende un trabajo arqueológico sobre las condiciones de posibilidad de una episteme que resulta ser discontinua en la cultura occidental, una episteme que tiene dos momentos, el primero, basado en una teoría de la representación coherente con una teoría del lenguaje que abarca todos los órdenes del saber y que llega hasta el siglo XVIII; el segundo, basado en la definición de un orden taxonómico, propio del surgimiento de las ciencias positivas en el siglo XIX, orden del que todavía quedan bastantes rezagos. Este empeño de Foucault tiene como telón de fondo el problema radical de la semejanza. Es éste fenómeno el que permite que el ser humano se embarque en la empresa de la ordenación del mundo a partir del lenguaje, empresa que por demás necesita acometer como fundamento antropológico si se está de acuerdo con la definición aristotélica de *zoon logon*.

El texto de Foucault analiza de manera minuciosa las variaciones del tema de la semejanza en lo que él denomina la época clásica y se remonta hasta el siglo XVI para exponer cuatro tipos de similitudes sobre las cuales se habría construido todo el saber occidental hasta ese momento. Resulta interesante ver cómo esas similitudes tienen (guardando las distancias que el mismo Foucault advierte sobre la forma del conocimiento de la Modernidad, el cual permanece como continuidad en su opinión) una gran coherencia con los elementos que subyacen en la retórica y la hermenéutica como condiciones de su posibilidad.

La conveniencia o similitud entre las cosas que se unen o tocan, que son convenientes, es la primera de esas formas de similitud de las que habla Foucault. Ella aparece debido a que las cosas comparten el mundo. La *aemulatio* es una conveniencia ya no espacial sino propia de las cosas en sí, las cuales comparten una similitud natural intrínseca, de una manera próxima a como lo hace la proporcionalidad analógica. La analogía en sentido estricto sería entonces una superposición de conveniencia y *aemulatio* cuyo punto de encuentro no es ya el mundo o las cosas en sí sino el mismo ser humano como medida y medidor de las proporciones y las atribuciones. La última, o mejor, las últimas formas de similitud en este juego serían la simpatía y la antipatía, afines con conceptos demasiado etéreos, que lindan con el umbral mismo de lo uno e idéntico la primera y de lo múltiple y distinto la segunda. Pero todas estas formas de similitud dependen de la posibilidad de ser reconocidas. Allí es donde hace entrada el concepto de *signatura* como elemento que llama la atención sobre la relación. El signo hace posible una lectura del mundo, un encadenamiento de las cosas y del hombre gracias a las similitudes. No obstante, el signo necesita también de algo que permita reconocerlo como tal, una vecindad con la cosa que designa. Allí está el problema de fondo de la hermenéutica una vez más: el problema de la definición de la semejanza.

Foucault declara algo de importancia capital:

Llamamos hermenéutica al conjunto de conocimientos y técnicas que permiten que los signos hablen y nos descubran sus sentidos; llamamos semiología al conjunto de conocimientos y técnicas que permiten saber dónde están los signos, definir lo que los hace ser signos, conocer sus ligas y las leyes de su encadenamiento: el siglo XVI superpuso la semiología y la hermenéutica en la forma de la similitud. Buscar el sentido es sacar a la luz lo que se asemeja. Buscar la ley de los signos es descubrir las cosas semejantes. La gramática de los seres es su exégesis. Y el lenguaje que hablan no dice nada más que la sintaxis que los liga. La naturaleza de las cosas, su coexistencia, el encadenamiento que las une y por el cual se comunican, no es diferente a su semejanza. Y esta sólo aparece en la red de los signos que, de un cabo a otro, recorre todo el mundo. La "naturaleza" es tomada en el mínimo espesor que conserva, una debajo de la otra, a la semiología y la hermenéutica; no es misteriosa ni está velada, sólo se ofrece al conocimiento, que desvía algunas veces, en la medida en que esta superposición conlleva un ligero desplazamiento de las semejanzas. De golpe la reja no es clara; la transparencia está enturbiada desde el primer carteo. Un espacio sombrío aparece y es necesario aclararlo progresivamente. Allí está la "naturaleza" y es eso lo que es necesario emplear para conocerla. Todo sería inmediato y evidente si la hermenéutica de la semejanza y la semiología de las signaturas coincidieran sin la mayor oscilación. Pero, dado que hay una ranura entre las similitudes que forman grafismos y las que forman discursos, el saber y su labor infinita reciben allí el espacio que les es propio: tienen que surcar esta distancia yendo, por un zigzaguo indefinido de lo semejante a lo que le es semejante. (Foucault, 1988, p. 38).

Esa es, según Foucault, la base de la episteme en el siglo XVI, una episteme que parece guardar relación directa con la definición aquí lograda sobre retórica-hermenéutica, pero que aun así no puede asimilarse enteramente debido a su distancia debida a todos los esquemas de pensamiento que la Modernidad trajo consigo y que el mismo Foucault expone un poco más adelante en su obra. Ya se ha dicho aquí que existe un carácter modélico equivalente entre univocidad, metonimia y ciencias naturales, carácter que, si bien no se opone al de las llamadas ciencias humanas, sí guarda bastantes distinciones con un esquema de pensamiento metafórico con mayor carga de equivoicidad. La tarea que ahora aparece es sumamente compleja: tratar el problema de la semejanza desde esquemas de pensamiento que, aunque guarden las distinciones que los caracterizan, puedan ser complementarios y proponer soluciones acordes con ese cambio de mentalidad del que habla Foucault.

Varios ejemplos pueden ser, en ese sentido, ilustradores de lo que se quiere aquí plantear. Entre ellos destacan, sin duda, los aportes de la filosofía del lenguaje anglosajona, con los cuales se ha intentado responder de manera innovadora ante el problema de la semejanza sin olvidar, de un lado, la constante y ya ineludible presencia de la ciencia y todos sus problemas de método, y de otro, toda la tradición del pensamiento especulativo sobre el lenguaje en occidente. Teorías como las de I. A. Richards, Max Black, G. Lakoff y M. Johnson son ejemplos de ello, así como propuestas de filósofos como P. F. Strawson, que abordan el asunto desde enfoques menos universalistas pero buscando, al mismo tiempo, constantes que den luces sobre cómo dar continuidad a la investigación sobre la relación lenguaje-mundo. En otra línea se encuentran trabajos como los de G. Durand, quien también se apoya en algunos hechos y teorías científicas para proponer cuestiones de fondo de tipo antropológico.

A esto es a lo que se llega con la culminación del presente trabajo: a pasar del tema de la relación de complementariedad entre retórica y hermenéutica al abordaje de otro que propone una nueva investigación sobre los alcances y límites del problema de la semejanza desde una perspectiva filosófica del lenguaje. Queda todo por definir frente a este asunto. Cuestiones como de qué manera es posible tener en cuenta aquello que la Modernidad, como parte importante de la tradición, ha podido legar para el pensamiento especulativo, o cómo esa presencia de la similitud de la que habla Foucault se conserva dentro de los actuales esquemas de pensamiento.

Para finalizar, la segunda sección toca el problema de lo pedagógico abordándolo desde lo retórico-hermenéutico, máxime cuando todo el trabajo tiene su origen en una preocupación de carácter educativo.

Se empieza por decir que uno de los problemas fundamentales de retórica y hermenéutica es el de la aplicación. Dicha aplicación implica la emisión de diversos juicios de valor sobre el mundo; es, pues, un ejercicio de carácter valorativo. Sin duda es en la escuela donde más directamente tiene el individuo la posibilidad de acercarse de manera teórica, consciente, al problema del conocimiento como comprensión del mundo, como emisión de juicios de índole diversa sobre su forma de existir. Simultáneamente, todas las relaciones intra e interindividuales que se gestan al interior del proceso educativo son, ni más ni menos, de índole valorativa. La síntesis de todo ese proceso es la que más controversias y problemas presenta para todos los estamentos involucrados: se trata de la evaluación. Por este camino se da apertura a las siguientes consideraciones.

1. Al intentar abordar el problema de lo evaluativo es evidente que la educación es una exigencia y una necesidad social que responde precisamente a los intereses de una comunidad concreta: lo que se enseña y se quiere hacer aprender es en mayor proporción lo que la institucionalidad define como necesario. De manera que la educación es desde este primer momento un proceso valorativo en el que la sociedad emite juicios sobre lo que considera debe ser el mundo aprehensible. Todo el conocimiento que trae consigo la tradición es permanentemente evaluado por una institucionalidad y por ello el acercamiento al conocimiento es siempre un proceso de mediaciones; nunca hay un acercamiento puro entre el educando y el saber, no sólo porque la institucionalidad y la tradición necesitan de una figura de autoridad, sino porque los mismos medios a través de los cuales el educando se acerca al conocimiento modifican aquello que conoce. Cada técnica, cada tecnología, prefigura una visión de mundo. No es gratuito que existan diferencias notorias, por ejemplo, entre las sociedades orientales y occidentales a partir de su desarrollo escritural, o que la realidad se muestre como algo completamente distinto desde la aparición de los medios masivos y de las aplicaciones informáticas. Sin embargo, es claro que aún existe la posibilidad de conciliar visiones de la realidad diversas a partir de mediaciones comunes como la oralidad o lo visual. Y también está claro que en este proceso de mediaciones todo es susceptible de ser evaluado. La comprensión del mundo, como ya se ha dicho, está siempre acompañada por una deliberación, por una exigencia de justificación, necesaria para hacer razonable todo juicio emitido. En la comunidad educativa, estudiantes, maestros, directivos, padres de familia y sociedad en general entran en un proceso retórico, es decir, argumentativo, más o menos consciente dependiendo del caso, pero siempre presente, y es por ello que, aún en las sociedades más pasivas, tarde o temprano los individuos terminan cuestionando su saber, su visión de mundo y formulando críticas y opciones distintas. La evaluación es un evento valorativo y orientativo; en ella se formulan juicios relativos al proceso de aprehensión de la realidad.

2. El ámbito educativo es siempre reflejo de un momento específico de la sociedad, porque en aquel ámbito estará permanentemente en juego la definición de lo práctico y de lo real, la capacidad de los seres humanos de decidir, de hacer uso de su libertad a partir de lo discursivo. Y es que el discurso, aún en la era de las tecnologías digitales, sigue teniendo un papel protagónico dentro del quehacer educativo. De allí la importancia de retórica y hermenéutica como disciplinas que se preocupan por la textualidad, por la discursividad del mundo. El lenguaje permite tomar distancia del mundo para especular sobre él, y simultáneamente, complicarse para entenderlo como totalidad. Esa tensión es la que debe hacerse patente dentro de toda reflexión educativa. Más allá de cómo se juzgue la aplicación de las nuevas tecnologías, eminentemente visuales, dentro del proceso educativo, dicha aplicación debe estar acompañada de una reivindicación de lo discursivo. De otra manera, el bombardeo mediático no deja más que aturdimiento frente a un mundo fragmentario en el que se rompe por completo con la tradición y con la historia porque sólo hay tiempo para el presente, para la inminencia de lo que aparece de súbito y luego pasa al olvido, sustituido por una nueva imagen.

3. La importancia de lo retórico y lo hermenéutico dentro del contexto educativo actual es inmensa porque ambas disciplinas problematizan la noción de lo verdadero. Todo proceso educativo parte siempre de elementos conocidos, aunque sean mínimos, para alcanzar otros horizontes de saber, tanto en los modelos pedagógicos más obsoletos como en aquellos que se consideran de avanzada. Y puede decirse que dichos elementos conocidos fungan como verdades, las cuales pueden ser de diversa índole. Aquí radica el problema de lo visual frente a la palabra. La noción de verdad es siempre una cuestión de discursividad; las verdades se construyen siempre a partir del diálogo, aún cuando son verdades individuales, porque para su reconocimiento es necesaria una deliberación. La imagen en sí nunca es falsa o verdadera, simplemente aparece y por eso se mueve en un campo epistemológico problemático. De allí que los estudiantes del siglo

XXI tengan, las más de las veces, dificultades con una definición del conocimiento que parte de la cuestión de la verdad como definición y como especulación. Es tarea de cualquier reflexión pedagógica del porvenir afrontar estas cuestiones de fondo, cuestiones que, aunque a muchos suene exagerado, tocan raíces antropológicas y que hacen pensar acerca del tipo humanidad que actualmente se está desarrollando.

4 Quizá lo expuesto en estas últimas líneas prefigure la incompletud de lo que de aquí en adelante se diga, al partir de una definición de lo educativo que da demasiada importancia a lo discursivo sin poder hacer frente a una nueva epistemología de lo visual, por decirlo de algún modo. Pero cada hablante y cada texto son hijos de su tiempo y deben ser coherentes consigo mismos. No obstante, lo hermenéutico tiene en sí una respuesta frente a ese tipo de procesos porque se ocupa también de lo simbólico y tiene en ello su fuente primordial. A su vez, la retórica puede valerse de otras disciplinas mucho más jóvenes, como el diseño visual, para entender los fenómenos derivados de las nuevas tecnologías. En este sentido, el célebre texto de Roland Barthes sobre la "retórica de la imagen" es apenas un abre bocas que hace manifiesta la imposibilidad de desligarse por completo de toda la herencia discursiva del ser humano.

5. El carácter contextual de la retórica y la hermenéutica responde a una visión educativa en la que el educando es considerado como un ser que se hace cargo de su vocación ontológica; que se comprende y comprende al mundo sintiéndose parte esencial de éste en tanto mundo natural y colectivo-cultural. En ese sentido, la educación no puede ser considerada como un proceso acumulativo de contenidos descriptivos, sino que debe verse como un ejercicio comprensivo de naturaleza teórico-práctica; como un ejercicio en el que el estudiante se co-implica con el saber, es capaz de entenderlo como parte esencial de su realidad y no como información anecdótica, es decir, está en capacidad de cuestionarlo y de deliberarlo en torno a él. A su vez, todo el proceso pedagógico debe girar en torno a un ejercicio valorativo que satisfaga dicha concepción, con lo cual debe responder a una episteme que vea a la institución educativa como una instancia para la dinamización del saber, para la apertura de horizontes de sentido a partir de la crítica y la indagación. Y esto sólo es posible cuando dicha episteme reconoce que todos los saberes comportan en su base verdades de naturaleza probable, relativa, inacabada, controvertible, dialogable, comprensible más que comprobable; verdades que necesitan de una perspectiva retórico-hermenéutica para ser aprehendidos de manera mucho más profunda y enriquecedora.

6. Es imprescindible proponer una escuela en la que sea posible generar relaciones de comunicación más que de imposición, de apertura más que de desconfianza, de encuentro personal, vivencial, más que conceptual. Y ello es un reto porque la institucionalidad está simbólicamente cargada por la objetividad, por el distanciamiento y esto ha generado una huella imborrable en el imaginario de todos los estamentos de la comunidad educativa. Incluso los estudiantes, que permanentemente se quejan de ser tratados como objetos dentro del proceso pedagógico, terminan exigiendo la aplicación de mecanismos de autoridad que contradicen su preocupación inicial. Esto quizás se deba a que las legislaciones, las pedagogías, la didácticas y muchos otros factores que influyen en la generación de las dinámicas educativas siempre se han movido en los extremos, dando autonomía cuando no corresponde o castrando aquello que legítimamente debe ser autónomo en el estudiante, con lo que éste termina por tener difuminados sus conceptos sobre la importancia de la autoridad y de la autoafirmación. De manera que es mucho más difícil lidiar con este lastre en estudiantes de grados superiores, y por ello aquellos que apenas comienzan el proceso deberían encontrar un entorno en el que los procesos valorativos se basen en la comprensión, en la exploración, por parte del estudiante, de aquello que se le presenta como precedente, como posibilitador del alcance de nuevos saberes, siendo así lo importante no los contenidos en sí mismos sino la retroalimentación entre el educando y los demás actores de la comunidad educativa.

7. La evaluación tendría como finalidad la confrontación retórico-hermenéutica del estudiante con los saberes a los cuales se acerca y con los estamentos sociales a los que dichos saberes afectan directa e indirectamente. Este tipo de evaluación plantea un legítimo acto de participación por parte del estudiante, tanto en el proceso de conceptualización como en el de aplicación práctica del conocimiento. El aprendizaje sería entonces una actividad de relaciones y transformaciones, una actividad creadora basada en la deliberación y en la toma de posturas frente a diferentes tipos de verdades, controvertibles siempre desde una perspectiva razonable. Los criterios de dicha razonabilidad estarían en permanente definición a partir del ejercicio retórico hermenéutico.

Bibliografía

- Aristóteles. (1982). Obras. Madrid: Aguilar.
- Ballesteros, Jesús. (1990). Posmodernidad, decadencia o resistencia. Madrid: Tecnos.
- Beuchot, Mauricio. (2003). Hermenéutica Analógica. Aplicaciones en América Latina. Bogotá: Editorial El Búho.
- Borges, Jorge Luis. (1960). "El idioma analítico de John Wilkins". En Otras inquisiciones. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Borsani, María Eugenia. (1998). La Retórica en nuestros días desde una perspectiva hermenéutica. En Revista Chilena de Semiótica: Universidad de Chile. N° 3, junio.
- Conde Gaxiola, Napoleón. (2005). Hermenéutica Analógica, aspectos filosóficos actuales. En Analogía, número especial 17. México D.F.
- Cuadros Contreras, Raúl. (2006). Argumentación, lenguaje y racionalidad: Consideraciones sobre las bases filosóficas de la teoría de la argumentación de Chaim Perelman. En Revista Lenguaje Sujeto Discurso – N° 2, Julio. pp. 38-48.
- Durand, Gilbert. (2005). Las estructuras antropológicas del imaginario. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- Foucault, Michel. (1988). Las palabras y las cosas. Bogotá: Siglo XXI Editores.
- Gadamer, Hans-Georg. (2006). Verdad y Método II. Salamanca: Sígueme.
- Gómez, Adolfo León; Naranjo, María Sandra; Patiño, Alejandro & Posada, Pedro J. (1998). Argumentación: actos lingüísticos y lógica jurídica. Cali: Editorial Universidad del Valle.
- Lugo Rengifo, Gerardo Luis. (2008). Esbozos sobre la hermenéutica de Gadamer. Recuperado de www.monografias.com.
- Lakoff, George & Johnson, Mark. (1995). Metáforas de la vida Cotidiana. Madrid: Cátedra.
- Ricoeur, Paul. (1991). Retórica-Poética-Hermenéutica. (Trad. Edgar Mauricio Martínez) En Estudios de Filosofía. N°4, Agosto. Medellín: Universidad de Antioquia. pp. 87-97
- Robles, Gregorio. (2003). Introducción a la Teoría del Derecho. (6ta Ed.) Barcelona: Random-House Mondadori.
- Serna Arango, Julián. (1994). Teoría del recorte de mundo en occidente. Pereira: Corporación Biblioteca Pública. Colección de Escritores Pereiranos. Editorial Gráficas Olímpica.
- Strawson, Peter Frederick. (1989) Individuos: ensayo de metafísica descriptiva. Madrid: Altea, Taurus, Alianza.
- Villarreal, Raúl. (ed.); Escribar Wicks, Ana; Giannini, Humberto & Holzapfel, Cristobal. (2005) Homenaje a Paul Ricoeur. Santiago: Centro de Estudios de Ética Aplicada de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.
- Perelman, Chaim. El imperio retórico. Bogotá: Editorial Norma, 1997.
- Perelman, Chaim & OLBRECHTS-TYTECA, Lucie. Tratado de la Argumentación. La nueva retórica. Madrid: Gredos, 1989.